

JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

LA LIGA DEL TERROR



Toni, Berta, Aitor y Ceci juegan en el Club San Asdrúbal Balompié desde hace algún tiempo, pero su equipo está a punto de quedar último en la clasificación.

Aunque el equipo es un poco cutre, y su entrenador bastante desastroso, ellos están seguros de que con un poco de empeño podrían mejorar. Y justo entonces aparece un misterioso personaje que les promete llevarlos a la cabeza de la liga si firman un contrato con él. ¡CON UNA FIRMITA Y UN NUEVO ENTRENAMIENTO SU SITUACIÓN PUEDE CAMBIAR! ¿ACASO TIENEN MIEDO DE GANAR?

Pronto descubrirán que su nuevo entrenador tiene mucho que ocultar y que el precio que deberán pagar por ser campeones es mayor de lo que sospechaban...

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Creepílogo

Sobre el autor

CAPÍTULO 1

Cuatro figuras sudorosas y sucias caminaban cabizbajas, arrastrando los pies sobre el polvo, como si atravesaran un desierto. Pero observando más atentamente podremos deducir por sus camisetas (tres rojas y una azul), pantalones cortos y botas con tacos que en realidad estaban en un campo de fútbol: el campo de tierra del club San Asdrúbal Balompié. Se trataba de dos chicos y dos chicas. Y es que San Asdrúbal era un pueblo tan pequeño que, si el equipo de fútbol no hubiera sido mixto, no habría tenido jugadores suficientes.

–Bueno, hemos vuelto a perder –suspiró con resignación Toni, un chico fortachón, de piel oscura y pelo negro crespo, que llevaba la camiseta azul y un gran número uno blanco en la espalda.

–Sí, y encima jugando en casa. Qué bajón –añadió Aitor, el otro muchacho, de melena rubia, que lucía un ocho al dorso.

–Qué mal rollo, o sea –protestó con voz nasal Ceci, una niña esbelta y con una brillante cabellera color azabache, que llevaba el número seis.

Al llegar frente a la entrada de los vestuarios, se detuvieron a comprar unos botellines de agua en una destartada máquina expendedora y se sentaron en un escalón a beberse los.

–Ya casi los teníamos –dijo con rabia Berta, la del dorsal cinco, una joven fornida con unos alborotados rizos de color castaño claro.

–¿Perdona? –saltó la morena, sacando un espejo de mano de algún sitio y mirándose en él mientras se atusaba el cabello–. Berta, porfiplís, nos han ganado cero a cuatro.

–Es que Matías es el defensa más lento que me he echado a la cara –protestó Berta.

–Bueno, a lo mejor si no te hubieran expulsado, no se habría quedado solo –observó Aitor.

–El árbitro era un exagerado –alegó la de la melena rizada–. El delantero se ha tirado en plancha.

–Ya –dijo Toni–. Pero a lo mejor no hacía falta que luego te le echaras encima y le aplicaras una llave de lucha libre.

–Se lo merecía, por teatrero –afirmó Berta–. Además, mira quién habla. ¡Tú te has dejado meter cuatro goles! –agregó con un bufido de desprecio.

–Bueno, es que... yo... –El muchacho se rascó la nuca, avergonzado.

–Nunca te ha gustado ser portero –señaló Berta–. Pero como nadie más quería, te nombraron a ti y tú no dijiste ni pío. Y tú, Aitor, menudo delantero. Ni un triste tiro a puerta has hecho.

–Es que nadie me pasa el balón... –se justificó el rubio con voz quejumbrosa, pero de pronto se puso muy tieso–. Eh, un respeto, que soy el capitán.

–O sea, ¿ya vamos últimos en la clasificación? –preguntó de pronto la chica de pelo negro abriendo mucho los ojos, alarmada.

–No, Ceci –respondió Aitor–. El Sporting Cenagal ha perdido también este fin de semana. Siguen siendo colistas.

Los cuatro suspiraron, aliviados.

–Oye, y ¿quiénes van los primeros? –quiso saber Ceci a continuación.

–¿Quiénes van a ser? –contestó Berta irritada–. El Esnupi F. C.

–Ah, sí –dijo Ceci, sonriendo–. El equipo más superguay de alevines B. Tienen las mejores instalaciones, campo de hierba de verdad ¡y hasta agua caliente en las duchas! Es total.

–Si tanto te gustan, ¿por qué no juegas con ellos? –preguntó Aitor ofendido.

–Porque el rojo me sienta divino –respondió Ceci, contemplando su uniforme del San Asdrúbal con satisfacción.

Toni bebió un sorbo de su botellín de agua, pensativo.

–A mí me sabe mal por el míster –dijo, paseando la mirada por las gradas de cemento vacías–. No debe de estar muy contento. En toda la temporada solo hemos ganado un partido.

–Y para colmo contra el Cenagal, así que no cuenta –señaló Ceci, mirándose de nuevo en el espejo de mano y quitándose una legaña.

–El señor Silva es un patata –replicó Berta–. Le da igual el equipo, lo único que le importa es zamparse esos dichosos perritos calientes después de cada partido.

–Estás siendo injusta con él –dijo Toni–. El míster se deja la piel por el club, pero nos ha tocado atravesar una mala racha, eso es todo.

–Mala racha y un cuerno –repuso la muchacha–. Lo que pasa es que los árbitros nos tienen manía. Y, digas lo que digas, Toni, el míster es un blandengue. Lo que necesitamos es un entrenador que nos meta más caña.

–Pues estoy de acuerdo –dijo Aitor.

–Nosotros también –dijo una voz a su espalda.

Cuando se dieron la vuelta, vieron que los otros jugadores del equipo habían salido de los vestuarios, ya duchados y vestidos, con sus bolsas de deporte al hombro.

–Hombre, lo importante es que sea buena gente, que nos trate con amabilidad y nos inculque valores y espíritu

deportivo... –dijo Toni, tan poco convencido que su voz se fue apagando hasta quedar reducida a un murmullo.

–No digas melonadas. Lo importante es ganar –dijo Berta, con cara de pocos amigos (pues, en efecto, tenía pocos).

–Tal vez no seamos unos cracs –razonó Aitor–, pero tampoco merecemos ser los últimos. El señor Silva es buen hombre, no te lo niego, pero no basta con eso. Daría lo que fuera por tener un entrenador que nos ayudara de verdad a salir de este bache. ¿Vosotros no, chicos?

Los demás asintieron enérgicamente con la cabeza. Incluso Toni hizo un leve gesto afirmativo, aunque se sintió un poco culpable por ello.

En ese momento, unas nubes taparon el sol, sumiendo el campo en penumbra, y una brisa repentina arrastró hojas secas por el suelo, produciendo un susurro inquietante. Por alguna razón, todos se quedaron callados.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por un golpe seco, seguido de un alarido desgarrador.

–¡SOCORRO! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

El equipo corrió hacia la pequeña cafetería del club, de donde venían los gritos.

Cuando irrumpieron en el local después de subir las escaleras a toda prisa, lo primero que vieron fue al encargado, detrás del mostrador, muy pálido y con una expresión de angustia en la cara.

–¿Qué ha pasado, David? –preguntó Toni agitado.

El otro, tembloroso y demasiado horrorizado para responder, tenía la mirada puesta en algo que estaba en el suelo.

Fue entonces cuando Toni reparó en las manchas rojas. Estaban por todas partes; salpicaban las paredes, las mesas de plástico blanco, las baldosas de linóleo del suelo. Y, en medio de todo, estaba un señor barrigudo de bigote blanco, tumbado boca arriba, con el rostro enrojecido e hinchado de forma grotesca.

CAPÍTULO 2

–¡Señor Silva!

Los chicos rodearon al hombre, que yacía en el suelo, respirando con un ruido como de trompetilla, y se inclinaron sobre él, sin saber qué hacer.

–Se está poniendo morado.

–¿Se estará ahogando?

–¿Eso que tiene en la mano es un perrito caliente?

–Ni en pleno soponcio lo suelta el tío.

–¡Traedle un vaso de agua!

–Sí, claro. Ideal para alguien que se está ahogando.

–No lo agobiéis. Dejadle respirar –suplicó Toni y, dirigiéndose al joven encargado de la cafetería, le preguntó de nuevo–: David, ¿qué ha pasado?

–No... no lo sé... Estaba... estaba comiéndose su perrito tan tranquilo cuando de pronto se ha puesto colorado y se ha desplomado como un saco de patatas...

Ceci se hurgó en el bolsillo y sacó un móvil. Berta la miró con el ceño fruncido.

–Espejitos, teléfonos... ¿Siempre llevas todo eso encima durante los partidos?

Encogiéndose de hombros, la morena marcó un número.

–¿Sí? ¿Es urgencias? O sea, tenemos aquí a un señor que se encuentra fatal. En el campo del San Asdrúbal. Necesitamos que envíen una ambulancia. Oiga, ¿tienen algu-

na de color fucsia? Combinaría superbién con el azul del aparcamiento...

Mientras tanto, Berta contemplaba las manchas rojas con curiosidad. Deslizó el dedo por una de ellas y se lo llevó a la boca. Chasqueó los labios un par de veces.

–Kétchup –dictaminó.

–¿Cómo? –dijo Toni, y se fijó en el bocadillo de salchicha que el hombre aferraba en una mano. Parecía evidente que las salpicaduras de salsa habían salido de allí-. ¡Pero si el señor Silva es alérgico al tomate!

Todas las miradas se clavaron en David.

–Eh, a mí no me miréis –se defendió el encargado-. Que yo le he puesto su perrito sin kétchup, como siempre.

–¿Insinúas que él mismo se ha echado la salsa? –inquirió Berta, observándolo con recelo.

–Qué va –respondió el joven-. ¡Si hace días que ni siquiera tenemos kétchup en la cafetería! Es como si... como si hubiera aparecido solo en su perrito.

–Qué cosa más rara –comentó Berta, frunciendo el ceño.

Al poco rato llegó la ambulancia (que era blanca, para desilusión de Ceci), y los del servicio de urgencias se apresuraron a ponerle una inyección al señor Silva, que enseguida comenzó a respirar mejor y a deshincharse. Toni sonrió, aliviado, pero vio que, después de abrirle los dedos a la fuerza para que soltara el perrito, los sanitarios colocaban al entrenador sobre una camilla para llevárselo.

–Pero ¿no se había puesto bien ya? –preguntó Toni alarmado.

–La reacción alérgica ha remitido –le explicó uno de ellos-. Pero parece que se ha cascado la cadera al caer. Me temo que vuestro entrenador se pasará una buena temporada en el hospital...

–Portaos bien, chicos –se despidió el señor Silva con voz débil mientras lo sacaban por la puerta en la camilla.

Una vez que se hubieron marchado y el ulular de la sirena de la ambulancia se apagó en la distancia, los miembros del equipo guardaron silencio, desolados ante aquella desgracia inesperada.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó al fin Matías, el lateral derecho, un muchacho bajito de gafas redondas.

—Nos hemos quedado sin entrenador a mitad de temporada —dijo Toni visiblemente preocupado.

—Pues yo seguiría igual —opinó Berta—. Total, para lo que se va a notar...

—¿Y arriesgarnos a quedar los últimos de la liga? —repuso Ceci escandalizada—. O sea, tú lo flipas, tía.

—Habrá que encontrar un sustituto —propuso Aitor.

—Pero ¿dónde? —preguntó Berta—. ¡Ni que crecieran en los árboles!

—¡EJEM! Perdonad, chavalillos —dijo una voz masculina detrás de ellos—. No he podido evitar oírlos.

Todos dieron un respingo. El dueño de la voz era un hombre alto y delgado de fino bigote negro y barba puntiaguda, que estaba sentado a una de las mesas en una esquina, donde casi no llegaba la luz, tomándose un café. La intervención los pilló desprevenidos, porque nadie se había dado cuenta de su presencia hasta ese momento, tal vez porque iba vestido con un traje oscuro y llevaba una larga capa que hacían que se confundiera con las sombras del rincón.

—Perdonad que me entrometa en vuestra conversación —agregó el desconocido, acariciando al gato negro que tenía sobre las rodillas—, pero creo que tal vez pueda ayudaros con vuestro contratiempo.



—Y, ¿usted quién es? —preguntó Berta, arrugando el entrecejo.

El hombre entreabrió los labios en una sonrisa enigmática.

—Tengo varios nombres —respondió—, pero podéis llamarme Abadón. Resulta —prosiguió, tomando un sorbo de café— que soy lo que podría considerarse un entendido en las artes del fútbol. De hecho, he venido a veros jugar hoy.

Los chicos desviaron la mirada, como intentando disimular.

–No, tranquilos, no tenéis por qué avergonzaros –aseveró Abadón, rascándole el cuello al minino negro, que ronroneó de gusto–. Os aseguro que tenéis potencial. He observado en cada uno de vosotros cualidades admirables para que os convirtáis en un equipo fuerte... Ahora bien, para conseguirlo, deberíais contar con alguien que os entrenara y dirigiera como es debido.

–Pues justo de eso hablábamos hace un momento –señaló Aitor.

–Pero ya tenemos a... –empezó a protestar Toni.

–El señor Silva va a estar de baja mucho tiempo, ya lo has oído –lo interrumpió Berta.

–No lo sabremos seguro hasta que le hagan las radiografía... –empezó a contestar él, pero Berta lo hizo callar con un codazo.

–Como os decía –continuó Abadón–, creo que puedo proporcionaros la orientación y el entrenamiento que os permitirán remontar en la clasificación.

–¿Para no quedar los penúltimos? –preguntó Ceci, abriendo mucho los verdes ojos, esperanzada.

–Para quedar los primeros –respondió Abadón, y una sonrisa de suficiencia se le dibujó en los labios.

Los chicos lo miraron boquiabiertos. No daban crédito a sus oídos.

En ese momento, una larga sombra se extendió sobre ellos. Algo bloqueaba la luz que entraba por la puerta. Ceci dirigió la mirada en esa dirección y, de repente, rasgó el silencio con un chillido estremecedor, agudo como la aguja de una jeringuilla.

–¡AY, QUÉ HORROR!

CAPÍTULO 3

Desde el umbral de la puerta los observaba un personaje monstruoso. Tenía las piernas cortas y raquíticas, una papada descomunal y una gran joroba en la parte izquierda de la espalda. Al entrar en la cafetería, los chicos vieron que llevaba un chándal gris y una gorra azul con visera, bajo la que brillaban unos ojillos vivarachos. En la mano sujetaba un elegante maletín de piel negra que desentonaba con su aspecto.

—Os presento a mi ayudante —dijo Abadón, sin levantarse—: el Cebú.

—¿Cebú? —preguntó Berta, juntando las cejas.

—Eso es una especie de buey asiático con chepa —explicó Nuria, la centrocampista, que era un poco la listilla de la clase.

—Así me llaman mis amigos —dijo el recién llegado.

—Pues, cómo se pasan sus amigos, ¿no? —comentó Ceci.

—El Cebú también tiene mucha experiencia reflotando equipos de alevines en horas bajas —aseveró Abadón—. Como ya os he dicho, creo que tenéis potencial. Sois un diamante en bruto. Muy en bruto. Yo puedo hacer que aflore todo el poder que lleváis dentro.

—¡BIEEEN! —gritaron todos los niños a coro.

O casi todos.

–Pero es que eso no lo podemos decidir nosotros –señaló Toni–. Tendrá que hablar con la junta del club y...

–¿Te refieres al padre de Matías y a mi tío Luis? –preguntó Berta–. Seguro que les parecerá bien mientras no nos suban las cuotas.

Abadón dejó su taza de café sobre la mesa y, sosteniendo al gato en un brazo, se puso de pie.

–Bien, pues si estáis todos de acuerdo, no hay más que hablar. Estamos listos para empezar el nuevo entrenamiento. Solo falta un último detalle, una insignificante formalidad de nada. –Se hurgó en el bolsillo de la chaqueta y, con un floreo, sacó una estilizada pluma negra de ribetes dorados–. Debéis firmar el contrato.

–¿Contrato? –preguntó Toni extrañado–. Nunca habíamos tenido que firmar un contrato.

–¡Pero mira que eres pesado! –saltó Berta–. ¿Qué daño nos puede hacer firmar un papel? ¿Eh?

–Ese es el espíritu decidido y valiente que quiero en mi equipo –dijo Abadón–. Cebú, cuando quieras.

El jorobado sacó del maletín varias hojas grapadas entre sí y se las entregó al capitán con una sonrisa torcida.

–Madre mía, cuánta letra –exclamó Aitor al examinarlas.

–Y qué pequeña –añadió Ceci–. O sea, esto no hay quien se lo lea.

–Si tenéis cualquier pregunta o duda, no dejéis de... –empezó a decir Abadón.

–Trae acá –dijo Berta, arrebatándole la pluma y estampando su firma al pie del contrato.

La pluma y los papeles fueron pasando de mano en mano, hasta que le tocó el turno a Toni, que se quedó mirándolos, indeciso.

–Venga, tío, firma –lo azuzó Berta–. ¿A qué esperas?

–Es que no sé... –titubeó el chico–. Creo que antes de firmar habría que leerlo con atención...